

## EL REY QUE DE ESTADISTA ASCENDIO A ESTADISTICO (\*)

*Erase una vez en el país de Morbilandia... El rey, que era un gran estadista, estaba desesperado. Su príncipe heredero, aquel que estaba destinado a cénir el día de mañana las pesadas responsabilidades de la Corona, padecía precisamente en la base de su augusto cráneo un tumor maligno que, a decir de los médicos, agoreros y otras gentes, se extendía de manera irremediable.*

*Un mes de vida era el breve tiempo que concedía al enfermo el mejor especialista del país, el Curandero Mayor. El desespero del rey no carecía, pues, de fundamento.*

*"Majestad —solía decir el Curandero Mayor del reino—, no os desesperéis, que la Providencia es sabia." Pero a pesar de que no desconfiaba el monarca de la sabiduría de la Providencia, pensó que acaso sería mejor consultar varias sabidurías que una sola. Y así lo hizo. Mandó llamar a un joven y enterado médico, a uno de los que manejan gran cantidad de informaciones estadísticas recién incorporadas a sus conocimientos, para cerciorarse de la veracidad de los números. Un mes es realmente un espacio muy corto para una sangre tan azul.*

*"¡Cinco años, majestad! Cinco años es la supervivencia media que el Doctor Cirujoff ha conseguido. En el feudo de Hospitalandia este ilustre profesor, después de más de 25 años de práctica en extirpaciones de tumores craneales, ha conseguido superar todas las estadísticas de supervivencia: las de su país y las del extranjero."*

*"¡Mecachis! —cavilaba el rey—, no logro entenderlo. O mi Curandero Mayor me engaña o ese jovenzuelo pretende hacerlo."*

*"¿Sabéis, joven doctor, que mi especialista no me ha recomendado a este cirujano?"*

*"Majestad, será envidia. Os puedo asegurar que es la mejor disuasora para ciertas recomendaciones."*

*"Está bien, está bien. Pero saber que también yo dispongo de ciertos sistemas para disuadir. Por ejemplo: la lapidación no es mal sistema para combatir las falacias. ¿No creéis?"*

*El turno le tocó ahora al Curandero Mayor. En la audiencia con el rey la habitual cortesía palaciega se transformó en una conversación franca, como dicen las crónicas. Es decir: se fue al grano.*

*"He sabido —dijo el rey— que en el feudo de Hospitalandia la operación que necesita el príncipe se realiza con éxito. ¿Acaso mi mejor especialista y Curandero Mayor desconoce esto?"*

*"Ciertamente el rumor ha llegado a mí, Majestad, pero había un error. Según mis noticias el promedio de supervivencia se sitúa en cuatro meses, es decir, que la mitad de los intervenidos mueren antes de los cuatro meses."*

*"Espero que estéis bien informado —dijo el rey—, de lo contrario sabed que nuestros verdugos tiempo ha que carecen de entrenamiento. Ello haría vuestra muerte mucho más penosa. Y lo sentiría de veras."*

*Y así, igual que la frágil navecilla azotada por un fuerte temporal, la regia cabecita se atormentaba por el futuro del príncipe entre aquel mar turbulento de estadísticas que, al menos aparentemente, eran contradictorias entre sí.*

*Pero su majestad, como capitán precavido, antes de enviar al príncipe heredero a Hospitalandia quiso que de manera discreta alguien recogiera*

más información. Un primo segundo del príncipe, persona de toda confianza, fue encargado de tal misión.

Como suele ocurrir en la mayoría de estados, los asuntos de trascendencia se arreglan en los pasillos o en las fiestas.

No es —créalo el lector— que en Hospitalandia carecieran de pasillos, pero quiso la diosa Fortuna que la estancia del emisario real coincidiese con una fiesta en el país que representaba la última esperanza para el heredero de Morbilandia.

Hospitalandia era un país curioso. Sus gentes no estaban formadas por nobles y vulgo como parece normal. Eso sí, había jerarquias y clases: pacientes, camilleros, médicos y hasta doctores. Cuentan también que el gentilicio de las mujeres —al menos de la mayoría— había sido el de enfermeras, pero que por una reforma de la Constitución pasaron a llamarse ATS. Con una de ellas ligó por casualidad el regio emisario.

"Asuntos graves requieren audacia", se dijo el primo segundo. Y atacó por donde pudo sin encomendarse más que a sus proverbiales dones donjuanescos.

Radiante de felicidad regresaba el emisario a su país. Había conseguido más incluso de lo que había esperar. Recordaba como si aún sonara en sus oídos el eco de aquellas palabras pronunciadas por la gentil habitante de Hospitalandia: "¿El doctor Cirujoff? Le llaman el carnicero del Hospital. Lo más frecuente es que este tipo de pacientes mueran antes del mes."

La cólera del rey ante esta nueva especie de burla ya no tenía límite. Pensó que hasta sus parientes trataban de conjurarse contra él y contra su dolor. ¿Cómo es posible —pensó— que el Curandero Mayor dé un mes de vida al príncipe frente a los cinco años de supervivencia media que prometía el joven médico si era tratado por el doctor Cirujoff?

¿Por qué se me dice que la supervivencia media es de cinco años y por otro lado me anuncian que el promedio de supervivencia del 50% de los casos es de cuatro meses? ¿Y cómo mis propios familiares me anuncian que lo más frecuente es que el paciente muera antes del mes?

Cualquier otro habría mandado a tal pandilla de farsantes a la horca. Pero él, que era muy prudente y entendía mucho de asuntos de estado —por eso recibía el apodo de "el estadista"— convocó el Consejo de Sabios y Similares.

La deliberación, desde luego, fue dura. La Retórica y la Astronomía podrían ayudar a embellecer y orientarse en el problema. La Geometría y la Filosofía a delimitarlo y discutirlo. La Medicina y la Música, en cambio,

parecían ofrecer pocas soluciones. Entre todas estas disciplinas y entre todos los discursos descolló la Estadística y la explicación del sabio estadístico, que fue del tenor siguiente:

“Majestad, están en mi poder los datos del hospital y he podido comprobar que el joven médico os ha dado un valor correcto: la supervivencia media es de 5 años. También el Curandero Mayor os ha dicho la verdad: la supervivencia mediana es de 4 meses. Ni siquiera la ATS ha engañado a vuestro emisario, porque lo más frecuente, es decir la moda de la supervivencia, está entre 0 y 30 días.

Vuestros informadores os han dado, por lo tanto, números correctos, pero insuficientes para conocer la verdad. Estos índices estadísticos, llamados medidas de tendencia central, deben ir siempre acompañados de otros índices, llamados medidas de dispersión, que completan la información estadística dando, en nuestro caso, una imagen de la homogeneidad de la distribución de supervivencia, que podéis ver en este pergamino:

Meses de supervivencia	Número de casos
0-	3
1-	1
2-	0
3-	1
4-	1
5-	1
6-	1
274-	1
302-	1
	10

MEDIA:  
5 años

MEDIANA:  
4 meses

MODA:  
15 días

En distribuciones muy asimétricas, como ésta, la media aritmética no es una medida de tendencia central adecuada para describirlas. El índice que proporciona la mejor imagen es la mediana, que os ha dado el Curandero Mayor. Pero en casos como éste es preferible incluso una medida de posición frívola, como la moda, dada por la ATS, a la media, que os ha indicado el joven médico.

Después de esta explicación, el dolor por la enfermedad del príncipe continuó atormentando al rey, pero —si no se vive no se siente— el rey pudo comprender que liberado de tantas falsas conclusiones podía dedicarse a su único sufrimiento y a su único problema.

Y si gran cualidad de un rey es la moderación, podemos decir que fue un rey grande, incluso al castigar a quien aconsejó sin analizar el problema del todo. El castigo fue sólo para uno: el joven médico. Aunque más que castigo fue lección.

Hizo sencillamente que aprendiera estadística. Y lo logró con una sola lección que sería ocioso repetir completa. En resumen, le invitó a su cena, que no a cenar. No faltó nada. Los mejores vinos del año y las mejores reservas aplacaron la sed del rey y la mirada del invitado. Los corrales de palacio se vieron privados de sus más tiernos ejemplares que condimentó el cocinero real, galo de origen, según cuentan. El joven médico, que tenía buen olfato, pudo saciarlo, como el rey sació su apetito. El resto fácilmente se entiende.

Acabada la cena, viendo el rey que el invitado no estaba del todo satisfecho repuso que no entendía el motivo. Había habido comida para los dos, desde luego. Incluso había sobrado: si las estadísticas no mienten, en media habían comido cada uno la mitad del manjar y habían consumido la mitad de las bebidas. ¿A qué venía, pues, tal descontento?

Ante tanta magnificencia real no se dudó. Pocos días después, reunida la Asamblea del Reino y el Consejo de Sabios y Similares, se cambiaba el apodo oficial del rey. Ya no le llamarían “el estadista”, sino “el estadístico”.